

2 de octubre de 1968

Recuerdo quemadura

Alfonso Bonilla Martínez

Hace 30 años el encabezado del periódico Excelsior del 3 de octubre de 1968 decía: "Reacio combate al dispersar el Ejército un mitin de huelguistas: 20 muertos, 75 heridos, 400 presos". Este fue el único periódico que difundía en primera plana la muerte de estudiantes y de cómo, según los representantes de la seguridad pública, se agredió a los militares. Sin embargo, son incalculables los testimonios que se refieren al 2 de octubre como una masacre.

Para comprender el contexto del movimiento estudiantil de 1968 es conveniente hacer recuento de lo acontecido durante los diez años que le precedieron. La participación de los estudiantes en la política nacional data del primer cuarto de siglo, primero, con el movimiento por la autonomía de la Universidad Nacional (1929) y luego con la creación del Instituto Politécnico Nacional, IPN (1936), después, por el reconocimiento de los estudios (1940) y por la defensa del internado (1954). Más tarde (1958), los movimientos de independencia sindical de los gremios petrolero, telegráfico, de la educación, eléctrico y ferrocarrilero, coincidieron con el realizado por el movimiento estudiantil contra el alza de tarifas camioneras.

En febrero de 1959 fracasó la conversación del presidente Adolfo López Mateos y el líder del movimiento ferrocarrilero, Demetrio Vallejo, quien además era dirigente —junto con Valentín Campa— del Partido Obrero Campesino de México (POCM). En ese entonces se reprimió de manera considerable a este gremio. En un día se detuvo a cerca de 10 mil trabajadores, en Monterrey se asesinó al joven líder, Román Guerra Montemayor; en la ciudad de México se apresó a la dirección del sindicato: Demetrio Vallejo, Hugo Ponce de León y a varios militantes. Se les acusó de ataques a las vías de comunicación y disolución social.

Luego, los maestros fueron dispersados con violencia, intimidación y amenazas. El Ejército rodeó Ciudad Universitaria (CU), y en su momento, tanto el presidente Adolfo Ruiz Cortines, como López Mateos, pretendieron someter la insubordinación dirigida por "comunistas". Sin embargo, el número de militantes de izquierda era mínimo entre los estudiantes y los sindicatos, pese a que

controlaban las direcciones de la Sección IX del SNTE (Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación) y el sindicato ferrocarrilero.

A fines de marzo de 1968 se anunció la huelga de hambre de Demetrio Vallejo, preso en el penal de Santa Martha Acatitla, por alentar la huelga ferrocarrilera.

De 1959 a 1968 es muy escasa la movilización en contra del artículo 145 del Código Penal que establece el delito de "disolución social", con el cual se intimidaba cualquier brote de descontento o rebeldía, contrario al orden establecido. Se realizaban marchas en favor de la revolución cubana o en protesta por la invasión norteamericana a Santo Domingo y en contra de la guerra de Vietnam. Los presos políticos "no existían", sólo sabían de ellos algunos trabajadores que pretendían liberarse de la coptación política que ejercía el PRI por medio de la CTM.

A principios de 1968, el escritor José Revueltas convocó a una reunión de intelectuales en la UNAM y propuso hacer una huelga de hambre solidaria con Demetrio Vallejo.

Estos acontecimientos retratan parte del actuar del protagonista más lamentable del 68: el presidente Gustavo Díaz Ordaz, cuya carrera política fue estimulada por el presidente Adolfo López Mateos, quien lo nombró secretario de gobierno y en 1964 le heredó la presidencia. Díaz Ordaz fue un gobernante lleno de ideas radicalizadas y miedos, paranoia donde la crítica se convierte en conspiración y traición a la Patria.

En 1965, con su visión autoritaria, Díaz Ordaz reprimió con violencia el movimiento de los médicos, en 1966 promovió, con el respaldo de porros de la Facultad de Derecho, la caída del rector Ignacio Chávez. En 1967 ordenó la entrada del Ejército a la Universidad Nicolaíta en Morelia y a la Universidad de Sonora.

Con los juegos olímpicos, Díaz Ordaz pretendía dar una imagen moderna de México a los ojos del mundo desarrollado y temía que lo boicotearan. Esto lo llevó a declarar la existencia de un complot y a buscar culpables.

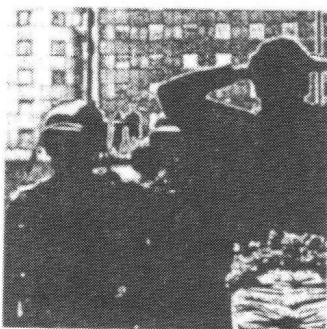
El 23 de julio marcó el inicio de los enfrentamientos estudiantiles con el gobierno. En ese entonces,



Consejo Nacional de Huelga.



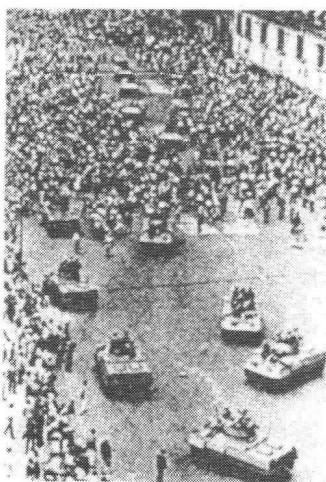
Justicia y dignidad a los caídos.



Oficialmente no hubo desaparecidos.



Toma del Casco de Santo Tomás.



Tanquetas en el Zócalo.



La "V" de la victoria.

alumnos de la Vocacional 2 del IPN se enfrentaron en la Ciudadela con otros de la preparatoria "Isaac Ochoterena". Horas más tarde, un batallón de granaderos invadió las instalaciones de la Vocacional 5. De este hecho se reportaron más de 20 lesionados y varios detenidos. Desde ese momento se realizaron mítines y marchas de protesta, así como escaramuzas entre estudiantes y granaderos en los barrios cercanos a los centros escolares, afectando a los estudiantes de la UNAM.

El 29 de julio el Ejército, a petición del entonces regente Alfonso Corona de Rosal, tomó posesión de las preparatorias 1, 2 y 3 de la UNAM, y de las vocacionales 2 y 5. Con un bazukazo se derribó la puerta de la preparatoria de San Ildefonso. Esto ocasionó una gran movilización y el paro de diversas escuelas del IPN (Arquitectura, Economía, Físico-matemáticas, Ciencias Biológicas, todas las vocacionales y prevocacionales). Se realizaron asambleas en el "Queso" y mítines en la "Plaza Roja" de Zacatenco y en el Casco de Santo Tomás.

Las facultades de la UNAM: Ciencias Políticas, Economía y Derecho, seguidas de las preparatorias 1, 2, 3 y 7 se pusieron en huelga. Se integró el Consejo Nacional de Huelga (CNH) en asamblea en el auditorio Justo Sierra en CU, se presentó un pliego petitorio que exigía la destitución de los jefes policiacos Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola Cerecero, la desaparición del Cuerpo de Granaderos y la liberación de estudiantes detenidos.

Los disturbios se acrecentaron con el cierre de calles, mítines «relámpago», marchas hacia el Zócalo y la confrontación con los granaderos, quienes tenían la orden del jefe de la policía, Luis Cueto, de aplicar «la cuarta libertad»: golpear, disparar gases y demás.

El 30 de julio, el general José Hernández Toledo entregó las vocacionales 2 y 5, y liberaron algunos alumnos (según datos: 16 «extremistas» o miembros del Partido Comunista Mexicano permanecían en galeras).

En CU, el rector Javier Barros Sierra izó la bandera nacional a media asta en protesta por la violación a la autonomía. Al día siguiente pidió prudencia y unidad a los 20 mil estudiantes, maestros y empleados reunidos en la UNAM. Surgió entonces el símbolo de la «V» de la victoria, que se enarboló con el puño cerrado y los dedos índice y cordial abiertos.

En la Secretaría de la Defensa Nacional, el general Marcelino García Barragán advirtió: «No habrá contemplaciones para quienes subviertan el orden». El 1° de agosto, el rector encabezó una marcha de protesta. Este mismo día el presidente dijo: «Una mano está tendida; es la mano de un hombre que a través de la pequeña historia de su vida ha demostrado ser leal.»

Las manifestaciones de universitarios y politécnicos continuaron, al igual que los enfrentamientos con los cuerpos policiacos. El 13 de agosto, 150 mil simpatizantes marcharon del Casco de

Santo Tomás al Zócalo. Protestaron contra la represión policiaca y en apoyo al pliego petitorio que contenía: libertad a los presos políticos, derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal que contemplaban el delito de disolución social, indemnización a las familias de «heridos y muertos del 26 de julio en adelante», castigo a los culpables, la disolución del cuerpo de granaderos y la destitución del jefe de la policía. En esa misma fecha se adhirieron a la protesta el Colmex y las universidades Iberoamericana y del Valle de México.

Después de la movilización del 27 de agosto, los integrantes del CNH izaron la bandera rojinegra en la Catedral Metropolitana. Desde entonces, estudiantes y maestros hacían guardia día y noche en las instituciones educativas donde se organizaban las asambleas para decidir los actos a seguir.

El 28 de agosto el Ejército dispersó a los manifestantes que pretendían permanecer en la Plaza de la Constitución, y mientras éstos corrían —extrañamente—, desde el hotel Majestic se dispararon ráfagas de metralleta contra el Ejército. En otras calles del centro hubo confrontaciones entre granaderos y estudiantes, quienes recibieron el apoyo de los vecinos.

En el IV Informe presidencial, Díaz Ordaz aseguró que «en México no hay presos políticos» y sugirió al Congreso de la Unión la apertura de un debate público para determinar si se derogaban o no los artículos 145 y 145 bis del Código Penal, pero que trataría «sin miramientos» a quienes atentaran contra el bienestar general y la tranquilidad social.

Universitarios del interior de la República iniciaron movimientos de apoyo y paros de actividades, las autoridades, por su parte, detuvieron en las entradas a la capital a los jóvenes de provincia que pretendían llegar a la ciudad. La Universidad de Chapingo y la Normal de Maestros se integraron al movimiento. En el Distrito Federal, el 3 de septiembre, el CNH solicitó «diálogo inmediato» al gobierno. Se designó a Jorge de la Vega Domínguez y Andrés Caso Lombardo como representantes gubernamentales.

Los participantes en la olimpiada a inaugurarse el 12 de octubre comenzaron a llegar; los diplomáticos mexicanos aseguraban que los juegos no se empañarían por el conflicto estudiantil. En tanto, la prensa mundial informaba de la represión al movimiento estudiantil.

El 13 de septiembre cerca de 500 mil estudiantes, intelectuales, maestros y trabajadores realizaron la «manifestación del silencio». Durante dos horas en completo silencio desfilaron desde el Museo Nacional de Antropología hasta el Zócalo y llenaron las calles aledañas, hasta el actual Eje Central.

Dos días después, Heberto Castillo dio el «grito» en CU, pretexto para que el Ejército ocupara

la Universidad, arrestando a más de 650 personas. El rector Javier Barros Sierra calificó esto como un "excesivo acto de fuerza". El general García Barragán declaró el día 19 que en la Universidad se encontraron bombas molotov, botellas de coñac, cerveza y propaganda política. Casi al mismo tiempo los soldados ocuparon las instalaciones politécnicas, registrándose disparos, heridos y muertos.

La situación se agravó, y los mítines, marchas y confrontaciones se sucedían por horas en el centro de la ciudad. El 21 de septiembre se dio una lucha frontal en Tlatelolco, donde el saldo fue de varios lesionados. De igual manera ocurrió en La Ciudadela y en el Zócalo.

El día 22, Javier Barros Sierra dimitió como rector. Un día después solicitó a la comunidad universitaria tener orden y demandó al gobierno la desocupación de CU. Por su parte, los líderes estudiantiles declararon que no se suspenderían los mítines. El 30 de septiembre las autoridades universitarias recibieron las instalaciones y los dirigentes estudiantiles rechazaron volver a clases, además, convocaron a una manifestación y un mitin en la Plaza de las Tres Culturas para el 2 de octubre.

Ese día, 15 mil estudiantes, trabajadores, campesinos y amas de casa se reunieron en Tlatelolco, realizaron un mitin, y marcharían al Zócalo. Cerca de las 6 de la tarde un helicóptero sobrevoló la Plaza y lanzó luces de bengala, con las que se inició una balacera hacia los asistentes al acto. Esa tarde, a paso veloz y balloneta calada, 5 mil soldados y agentes policiacos vestidos de civil con un guante blanco en la mano derecha, se volcaron contra la multitud, rodearon la plaza y lanzaron ráfagas de ametralladora y de fusiles.

Algunos intentaron escapar del lugar pero fueron contenidos a culatazos, otros se escondieron bajo escaleras, tras los muros, ingresaron a los departamentos cercanos donde fueron protegidos y ocultados por los vecinos; muchos allí murieron. Más de dos horas duró el fuego contra la población civil.

Por el edificio de Relaciones Exteriores llegaron tanquetas y vehículos blindados, mientras los detenidos hacían largas filas con las manos sobre los muros del templo de Santiago Tlatelolco. En ambulancias de la Cruz Roja, Verde y del Ejército, así como en camiones militares se transportó a los muertos, algunos fueron dejados en las delegaciones policiacas cercanas. Se detuvo a los miembros del CNH, que se ubicaban en el tercer piso del edificio Chihuahua, y cuando parecía que todo había concluido, una segunda balacera, más nutrida que la primera, ensombreció Tlatelolco. Oficialmente Fernando M. Garza, director de prensa de la Presidencia, dijo ante 60 periodistas nacionales y extranjeros, que hubo "cerca de 20 muertos, 75 heridos y más de 400 detenidos".

No habló de desaparecidos. Pese a esto, las olimpiadas se efectuaron sin contratiempo.

Desde un punto de vista meramente formal, es evidente que el movimiento estudiantil popular de 1968 marca una nueva época en el movimiento social por la democracia y la independencia del poder político en México. Se trata de un proceso que activó la politización de los trabajadores, los colonos y los profesionales que, en una visión histórica, abrió una gran alternativa para el desarrollo político, no sólo entre los estudiantes que participaron, sino en toda la sociedad, incluso en aquellos que en su momento se opusieron y condenaron el movimiento. A 30 años, el 68 duele, pero también madura en la memoria vívida de las nuevas generaciones e

Sobreviviente

José Guadalupe Núñez
Septiembre de 1998

Mirada mojada, hinchada, perdida...
casco, manga y fusil con bayoneta calada
con lluvia y sangre de mis cuates bañada,
valiente inútil, verde, gloria bastarda.
No te agradezco el disparo contenido,
te maldigo asesino, presidente y te recuerdo
¡Cara de muerte! que me dejaste vivo y herido
testigo de tu crimen, de mi vida, sobreviviendo...

Huella de vida, viuda de hijo, huérfano de hermano...
campana de risa en silencio repicada,
marchas, pintas, mitin y huelga congelada
victoria fugaz, reto a la historia ipinche lucha
sagrada!
pueblo, compa, chava, manito, banda alivianada,
pierna, cara, brazo, mano y puño, mutilada
tomo tu herencia, abuelo, pariente de memoria,
cicatriz del pliego petitorio, hoyo humano...

68 no te olvido, en el futuro que sembraste...
en la calle, plaza del caído y del sobreviviente,
grito de vida, justicia, libertad, fin y destinos,
camino, fortaleza y trincheras sin partidos
demandas y sueños que cobraste vivos...
tumba olimpiada, festín de perros asesinos,
puestos en trampa mortal, siniestro gobernante,
¡Maldito cobarde! Ni siquiera así ganaste...

Bibliografía:
Zermeno, Sergio. *México, una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI, 5ª edición, México: 1985.
Valle, Eduardo. *Escritos sobre el movimiento del 68*, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1ª edición, México: 1984.



Rostros de intolerancia.

